



ACTO PRIMERO.

Decoracion, de sala amueblada con elegancia.

ESCENA I.

MATILDE Y VALENTIN, AQUELLA SENTADA EN EL CONFIDENTE,
ESTE ENTRANDO.

VALEN. ¿Puedo entrar? *(Desde la puerta).*

MAT. Y desde cuando necesita mi querido sobrino usar de ceremonias en su casa?

VALEN. Es verdad, tia; perdóname esta distraccion.....
Vamos, ¿estoy perdonado?

MAT. Sí, y esta mano selle ese perdon. *(Tendiéndole la mano).*

VALEN. ¡Mi buena tia!.....

MAT. Siéntate, porque tengo que reñirte, y quizá por una falta seria ¿no adivinas?

VALEN. A fé mia que no: por mas que repaso mi conciencia, no hallo en qué pueda haber desagradado á mi amable tutora.

MAT. Pues yo ayudaré á tu olvidadiza conciencia. Valentín ¿dónde pasaste la noche de ayer? por qué no te vimos en casa como de costumbre?

VALEN. ¡Ah! sí, es verdad..... una ocupacion.....
una aventura..... *(Turbado).*

MAT. Que mala idea debo formarme de esas aventuras, ó de esas ocupaciones que hacen turbarse al que se vé sorprendido en ellas.

VALEN. Eres injusta conmigo, tia, y no creo merecer esas sospechas que me ofenden.

MAT. Bien, así me gusta; me reconcilio con esas ocupaciones al oírte. Pero yo insisto en mi pregunta: ¿en qué empleaste las horas que generalmente pasas á nuestro lado?

VALEN. Tia, conven conmigo, en que tienes un modo de arrancarle á uno los secretos, y que es imposible hacer contigo el misterioso.

MAT. ¿Conque hay un secreto y un misterio? ¿Hablas formalmente?

VALEN. Sí, muy formal, y aunque ofrecí no decirlo, como tanto me preocupa, creo que sí me será permitido comunicártelo. Es una historia triste, y de la que es la heroina una persona á quien tú también conoces, pero que quizá ya has olvidado.

MAT. Vas consiguiendo interesarme, Valentin.

VALEN. Pues mas te interesarás cuando lo sepas todo. Se trata de Margarita.

MAT. ¿De Margarita? *(Como queriendo recordar.)*

VALEN. Sí, aquella hija única del Sr. Santiestevan, vecino que fué nuestro.

MAT. Ah! sí..... y bien.....

VALEN. Recordarás que para ella fué la vida, desde que nació, un encantado Eden; que se vió rodeada de cuantas comodidades proporciona una buena posición, que era el ídolo de sus padres, y el objeto de cuantos obsequios se le tributan á la belleza.

MAT. Es verdad; todo lo recuerdo, y te aseguro, Valentin, que me hace daño recordarlo.

VALEN. A tí? ¿pero por qué?

MAT. Porque esa jóven formó la primera ilusion de mi Emilio; de ese hijo cuyo infortunio me hace padecer tanto.

VALEN. ¿Cómo así?

MAT. Cuando Margarita brillaba en el mundo por su juventud y hermosura, ya lo recordarás, estaba unida á nosotros por la mas tierna intimidad; pues bien, entre los ojos que se estasiaban contemplando sus gracias, estaban los de mi hijo, hoy privados para siempre de la luz.

VALEN. ¡Fatal coincidencia! Emilio ciego y Margarita huérfana, en la miseria y el abandono.....

MAT. ¿Ella? Explicáte, Valentin.

VALEN. Este era mi secreto. La casualidad, ó mas bien la Providencia, ha hecho que anoche me encontrara con Margarita; y me admira aun como pude conocerla bajo los harapos de la mendigo.

MAT. ¿Pero cómo ha sido ese cambio en su posición? ¿qué es lo que la ha traído á ese estado en que me la pintas?

VALEN. Es una larga historia. Sus padres murieron, y al perderlos Margarita quedó encomendada á uno de esos hombres para quienes despojar á un huérfano de su herencia es la cosa mas natural; y hoy la rica heredera, la víctima de ese infame abuso, vaga por el mundo como una pordiosera; por ese mismo mundo que, cuando la vió en el esplendor de su riqueza, solo tuvo adulaciones para Margarita, y hoy tiene la mas fria indiferencia para su desgracia. Pero eso sí; la misma sociedad egoista y cruel, que no tiene una mano amiga para la huérfana abandonada, tendrá su implacable anatema si sucumbe á la degradacion.

MAT. Tienes razon, Valentin; pero no será así: tu me dirás en donde se halla, y yo procuraré aliviar ese infortunio. ¿En dónde la has visto?

VALEN. Anoche en una oscura calle, ví á una muger oculta en la sombra, y dando á conocer en el acto su mendicidad vergonzante..... me acerco á ella, y te confieso que trabajo me costó reconocer en aquella desgraciada á Margarita: yo me le dí á conocer, y no obstante su resistencia, la hice me

condujera al lugar en donde vivia: y jamás me pude figurar cosa igual á la habitacion á que me condujo: en uno de los mas apartados barrios de la ciudad se encuentra alojada por unas gentes de lo mas miserable y abyecto que puedas imaginarte.

MAT. ¡Infeliz criatura!..... ¡Gracias Valentin!, cuanto te agradezco que me hayas hecho conocer esa desventura, para procurar su remedio: pero ¿nos será fácil volverla á encontrar?

VALEN. La hice ofrecerme que hoy vendria á esta casa, aunque le he ocultado quienes eran sus dueños: apenas pude conseguir consintiera en que yo le proporcionara el modo de sustituir sus arapos, con un humilde vestido.

MAT. Bien, Valentin, eso merece una recompensa: tómalala en este abrazo. *(Abrazándole).*

ESCENA II.

DICHOS Y EMILIO.

EMIL. ¿Quién me usurpa el tesoro de los brazos de mi madre?

MAT. Nadie, hijo mio; ellos á tí te pertenecen: pero no hallé mas á mano otra cosa conque recompenzar á tu primo, por una buena accion.

EMIL. ¿Y te parecerá poca esa recompensa, ambicioso? *(Dándole la mano).*

VALEN. Al contrario, mi querido primo.

EMIL. Pero sepámos ¿qué ha hecho este buen chico, para merecer tan dulce recompensa?

MAT. Lo que no obstante que á muchos les seria tan fácil hacer, no lo ejecutan: y es quizá porque ignoran el placer que proporciona socorrer un infortunio, interesarse por una desgracia.

EMIL. Bien, Valentin, muy bien.

MAT. *(Con intencion).* Y si tú supieras, hijo mio, quien es la víctima de ese infortunio, y cual es este.

EMIL. No, nada quiero saber: esas acciones se ejecutan, y se cubren con el mas santo misterio.

MAT. Bien, nada te diré: quizá mas tarde lo sabrás. ¿Y cómo ha amanecido la salud de mi hijo?

EMIL. Perfectamente, madre mia: es mi existencia tan tranquila, mi alma se siente rodeada por todas partes de una atmósfera de cariño, que seria muy exigente, sino me sintiera bien.

MAT. Es que anoche te he oido en un inquieto insomnio.

EMIL. Es verdad.

VALEN. ¿Sufres, primo mio?

EMIL. Lo que es sufrir no: porque ustedes, para quienes el mundo tiene un aspecto tan diverso que para mí, no es posible que puedan comprender que para el alma del ciego, la existencia es una constante vigilia: para él mientras á su rostro lo cubre la calma inalterable del sueño, su alma vela, y es que hundidos su presente y su porvenir en las tinieblas, él no vive sino con los recuerdos: anoche, como otras veces divagó el ciego por el campo de aquellos.

MAT. Pero esa excitacion moral te mata.

EMIL. Al contrario, madre mia, si viera usted ¡qué aspecto tan risueño presenta el mundo, reconstruido por la imaginacion del ciego! ¡qué colores tan apacibles! ¡qué horizontes tan dilatados! y ¡qué término tan dulce el de esos horizontes!

MAT. *(Con marcada intencion).* ¿Es decir, que vuelves á reconstruir tu pasado, en esas tus vigiliass?

EMIL. Sí; para mí el pasado no ha muerto: vive aqui, *(En el corazon)* y aqui. *(En la frente).*

MAT. Y por supuesto, que esos paisages que recorres, estarán habitados por los seres que tambien formaron tu pasado.

EMIL. Ay sí; y si viera usted ¡qué tipos tan perfectos son para el soñador, los seres que revive en su memoria!

MAT. Vámos, sé franco, hijo mio: has de cuenta que no

es tu madre con la que hablas, sino que es una hermana á quien llevas á pasear al campo de tu imaginacion.

EMIL. ¿Y qué querría ver en él mi curiosa hermana?
MAT. ¿Cómo qué? á una muger, al ángel de ese soñado paraíso.

EMIL. En verdad que ha adivinado mi maliciosa hermana; en ese Eden tan lleno de luz y de colores, en el que se respira la embriagante atmósfera de la felicidad, aparece una figura radiante, luminosa..... pero que se eleva al espacio aunque sonriendo al infeliz soñador.

VALEN. (*A Matilde*). Esta es la ocasion.

MAT. ¿Y si yo adivinara el nombre de esa aparicion?

EMIL. No, no tiene nombre: esos séres solo los conoce el alma, los siente el corazón.

MAT. Y si yo la nombrara: Margarita.

EMIL. ¡Margarita!..... ¡Ah! sí, es verdad: así se llamaba un ser que en otro tiempo admiraron mis ojos..... Hoy, hoy es distinto..... la sombra que se proyecta en mi alma no tiene nombre.

MAT. Si tu supieras cual es la suerte de nuestra amiga.....

EMIL. No, no la quiero saber: no quiero que á mis ensueños del pasado se vengan á mezclar las tristes realidades del presente, y los temores del porvenir: ella existió en un mundo que fué el mio, pero que ya no lo es, porque me sacó de él el funesto accidente que me privó para siempre de la luz.

MAT. Es decir ¿que no te sería grato volver á oír su voz, saber que existe?

EMIL. Cómo? qué?..... ¿puede venir?.....

MAT. ¿Lo deseas? Yo tambien, porque si tu supieras.....

EMIL. Me es indiferente..... aunque la sienta á mi lado, como la Margarita viva ignora que existe para el pobre ciego, otra soñada no me causará aquella embarazo ninguno con su presencia.

ESCENA III.

DICHOS Y ROSALIA QUE ENTRA CORRIENDO CON UN RAMO DE FLORES EN LA MANO.

ROSAL. ¡Ay Señor, que me las quita!.....

EMIL. ¿Qué te sucede, hija mia? ¿por qué esa agitacion?

ROSAL. Porque Roque me queria quitar este ramo de flores, que he formado en el jardín para vd; y el queria quizas anticipármese trayéndolas.

EMIL. Tú tambien, como todos, te empeñas en rodear mi existencia de esos cariñosos cuidados que endulzan la vida..... ¡gracias, hija mia!, dame pues tus flores, y no te ocupes ya del que te queria privar de tu gusto.

ROSAL. Figúrese vd. si habia de dejar á Roque traerlas, cuando tanto gusto me causa el placer conque vd. aspira el aroma que estas flores despiden.

EMIL. ¡Qué buena eres, Rosalía!

ROSAL. Si buena: y vd, ¿qué es para mí? me trata vd. con tanto cariño, á mí á una pobre sirviente, que solo en esta casa no ha encontrado aspereza, indiferencia y mal trato,..... ¿No he de querer las mejores rosas?..... vaya! y el otro?

VALEN. (*Valentín que ha estado asomándose al balcon.*)

Tía, tía, ven: mira á Margarita..... allí enfrente..... apenas se atreve á alzar los ojos.

MAT. (*Asomándose.*) Si, ella es..... ¡infeliz! ¡quién la podria reconocer! Vamos, (*á Emilio.*) Hijo mio, vuelvo: seria bueno que fueras á dar un paseo por el jardín.

ROSAL. Sí, eso es: yo llevaré á vd.....

EMIL. Bien, ahora bajarémos.

MAT. Yo no tardo: hasta luego. (*Vase con Valentín.*)

ESCENA IV.

EMILIO Y ROSALÍA.

- ROSAL. ¿Nos vamos?; el día está hermosísimo: verá vd...
 EMIL. ¡Ver!..... hija mia, hace seis años que no veo el sol, aunque siento sus rayos en mi frente.
 ROSAL. ¡Pobre amo mio!..... pero no esté vd. triste; mire vd. que verlo así nos aflige.
 EMIL. Dices bien. Que este ser condenado al sufrimiento, é inútil en la vida, ya que no puede hacer felices á los que le rodean, al menos que no les haga padecer..... Vamos, chiquita, hablemos como dos buenos amigos.
 ROSAL. Hablemos, mi amo.
 EMIL. Mira, suprime esa palabra de *amo* y no encontrarás otra con que sustituirla?
 ROSAL. Yo.....? pues no hallo..... ¿qué? habrá otra cosa para mí en la vida que amos?
 EMIL. ¡Pobre niña! ¿nunca has conocido otra cosa en el mundo?
 ROSAL. Nunca Señor. Apenas tuvieron mis brazos fuerza para soportar el peso de un niño, me puso mi abuelita en una casa enteramente estraña para mí, y en aquella casa me alimentaban y vestían, en cambio de mis débiles fuerzas..... así crecí, mudando de casas, y sin conservar en mi memoria ni el nombre de los que me tenían á su lado, porque jamas ví en ninguno un solo rasgo que manifestara interés por mí: hasta que la Providencia me ha traído á esta casa, que ya no me es estraña, porque aquí conozco que me quieren ¿ó no?
 EMIL. Sí, si te queremos..... pero vaya, sé franca..... de todos los que te manifiestan cariño ¿á quién tienes tu predilección?

- ROSAL. Eso ni se pregunta!..... á vd. mi querido Señor, á vd. porque es tan bueno para mí! (*besándole las manos enternecida.*)
 EMIL. Vaya, locuela, yo creo que aunque tu no me lo confieses, Roque.....
 ROSAL. ¡Ehl no Señor; ni me diga vd. semejante cosa.
 EMIL. Pues yo me sospecho.....
 ROSAL. Es cierto que él no cesa de hacerme cucamonas..... pero no Señor ¿para qué quiero á Roque cuando aquí tengo cuanto podía ambicionar?
 EMIL. Sin embargo, es necesario que veas al porvenir.
 ROSAL. Déjese vd. de eso y bajemos al jardín, para que tome vd. sol, porque mas tarde quizá le hiciera á vd. mal. Vamos.
 EMIL. Te obedeceré, mi tiranuela, ya que dicen necesito este rato de ejercicio.
 ROSAL. Y bien que sí: ¿no se figura vd. lo que sufriríamos si vd. nos faltara?

ESCENA V.

DICHOS Y ROQUE QUE ENTRA RECATANDOSE DE QUE LO
SIENTA EMILIO, Y HACIENDOLE SEÑAS A ROSALÍA.

- ROQUE. ¡Pist, pist! ¡Rosalía!
 ROSAL. (*bajo á Emilio y riendo.*) Allí está Roque; y si viera vd. que visages me hace ¡cómo sabe que vd. no lo ha de ver!..... Eso es malo ¿es verdad? abusar así..... Ríñale vd.....
 EMIL. ¡Roque!
 ROQUE. (*Zambomba..... que me sintió!.....*) Señor?
 EMIL. ¿Estabas aquí?
 ROQUE. Yo..... sí..... pasaba por la puerta y entré.... pues.....
 EMIL. Ya..... ¡como sabes que yo no veo! Sí vuelve mi madre antes que yo, le dirás que bajé con Rosalía al jardín.

ROQUE. Está bien, Señor.
(Sale Emilio apoyándose en Rosalía, y Roque los sigue con la vista).

ESCENA VI.

ROQUE.

¡Ah ingratal ingratisimal..... pagar con tanto desden á un hombre de mi calibre! pensará que yo no la merezcol..... ya se ve! aquí me la tratan á cuerpo de Rey: pero si es tan guapa..... Vamos Roque, Roque, no pierdas los estribos.

ESCENA VII.

MATILDE CONDUCIENDO DE LA MANO A MARGARITA.

VALENTIN Y ROQUE QUE SE VA.

MAT. Entre vd., hija mia, ¿por qué es esa resistencia?
MARG. ¡Señora, por compasion!
MAT. (á Roque.) ¿Y mi hijo en dónde está?
ROQUE. Me dijo que avisara á la Señora que bajaba al jardin (vase.)
MARG. Ya lo ve vd. Valentin, cuanto me ha sonrojado.
MAT. Pero ¿por qué le causa á vd. pena entrar en esta casa que otro tiempo vió como suya?
MARG. Eso mismo es lo que motiva mi resistencia..... despues de tanto tiempo volver aquí, y ¿cómo? ya ve vd. mi trage; yo misma me causo horror, Señora. Por piedad, ya basta de tanto sacrificio; déjeme vd. salir, y yo le aseguro á vd. que mientras viva, guardaré el recuerdo de las bondades de vd. como el único grato que puedo alimentar en mi alma; pero déjeme vd. ir, me ahogo.....
MAT. Serénese vd. hija mia, aquí no se recibe al gró ni al percal, sino á la persona que lo porta..... Cálmesese vd. y vea en nosotros á antiguos amigos,

de cuyos corazones no ha desaparecido su recuerdo.
MARG. Valentin ¿por qué me dejé atraer por vd. hasta aquí? vd. me aseguró.....
VALEN. Te pido mil perdones por mi engaño: yo le dije tia, que en esta casa encontraria un acomodo que solicitaba: que aquí nadie la conoceria, y solo así consintió en venir..... ¿hice mal?
MAT. Al contrario, ya has visto el placer que me has proporcionado con tu inocente engaño. (Abrazando á Margarita.)
VALEN. Pues te dejo, porque creo que tú completarás mi obra. (Vase.)

ESCENA VIII.

MARGARITA Y MATILDE.

MARG. ¡Cuánta bondad!..... pero por Dios que ya basta..... no resiste mi pobre corazon tanto..... ¡dios!..... y puede vd. estar segura que no cesaré jamás de bendecirla.
MAT. Venga vd. (Haciéndola sentar junto á ella.) siéntese vd. á mi lado, hija mia: y si sus penas son de las que se alivian comunicándolas, aquí me tiene vd.: yo las oiré, y no será la curiosidad la que las escuche, sino el amor el que las compadezca.
MARG. Imposible, Señora. Vd. no se puede figurar mi situacion: una alma como la de vd., á la que Dios ha querido preservar de los dolores, no podrá imaginarse el estado en que estos ponen á sus víctimas. Sí, Señora: yo he desendido desde la posicion mas elevada de la sociedad hasta la mas abyecta, yo que he respirado esa atmósfera de bienestar que vd. respira, siento ahora que me ahogo en ella. Le juro á vd. que si he atravesado todos los fangos, no he tocado aun el del vicio..... y sin embargo, hoy me averguenzo de

mí misma, y juzgo que tambien las gentes se avergonzarán de mí..... perdon, perdon, Señora; tal vez ofendo á vd. con estos pensamientos, pero es que tambien la miseria tiene su detestable orgullo.

MAT. ¿Qué dice vd.?

MARG. Como debe vd. suponer, para llegar al estado que hoy guardo, he tenido que ir bajando escalon por escalon á la miseria; y sentia á cada paso que la implacable sociedad me iba retirando de ella, cada dia con mas aspereza..... y yo lloraba, y cada lágrima que vertia cayendo en mi corazon, le petrificaba un punto..... ¡y hé vertido tantas, que ya creo que es de roca. Por eso, Señora huyo de las gentes; por eso tengo miedo de voltear siquiera la cara á eso que se llama sociedad..... y por eso quiero que el fango que me rodea me acabe de axficar.

MAT. ¡Pobre corazon herido! ¡pobre cabeza extraviada!

MARG. No, Señora, no es un extravió de mi cabeza, es sí un gemido de mi corazon, gemido conque el desgraciado protesta contra su innmerecida desgracia.

MAT. Pero ¿qué es posible que no haya vd. encontrado una sola mano amiga en su infortunio?

MARG. Mire vd., Señora; yo que al verme en su presencia, mi primer impulso fué huir de su vista; yo, que al ver su bondad, he correspondido á ella con un amargo arrebató, yo necesito sincerarme con vd. y necesito darle una prueba de gratitud con mi confianza. Escúcheme, vd. Señora; hace seis años que ví bajar á mis padres al sepulcro; hace seis años ví pasar sus riquezas á manos que no las habian adquirido; y mi herencia fué la mas inesperada pobreza..... Pues bien, en este tiempo no he recibido mas que humillaciones, desprecios, decepciones, y los mas crueles reproches por culpas que jamas cometí..... pero ¿qué mas?..... el hombre á quien al morir mi padre fió sus rique-

zas y el porvenir de su hija, este hombre, no se ha detenido, ni ante la deshonra á los difuntos para apropiarse el pan de la huérfana..... y yo en la miseria, en el abandono, y el infame en la opulencia..... y ese hombre vive sin remordimientos, y tiene una esposa que lo ame, hijos que lo respeten, come tranquilo, duerme, busca las distracciones, vive en sociedad, y ésta le dá un lugar de preferencia, mientras que á mí, á su víctima la arroja de su seno..... Pues todavía hay mas, Señora..... otro hombre, que cuanto es en el mundo se lo debió á mi padre, hoy que ha visto á la hija humillada, y en el mas absoluto abandono, ha fijado en ella sus ojos y le ha tendido una mano.....

MAT. Ya lo ve vd. hija mia, como se encuentran almas que.....

MARG. Pero escuche vd. Señora, ese hombre se ha dignado descender hasta donde yo me hallo, porque quiere de la miseria elevarme..... ¡á la infamia!

MAT. ¿Pero es posible?.....

MARG. Sí, Señora, hace tiempo que estoy luchando contra su pernicioso influencia..... yo huyo de él; pero como una maldecida sombra, me persigue por todas partes..... pero eso se explica: hastiado del mundo y de sus viejos placeres, busca un nuevo encanto, en unir á la miseria en infame consorcio con la deshonra..... ¿tengo razon para quejarme?

MAT. Sí, tiene vd. mucha justicia: pero todo en la vida tiene un término.....

MARG. Méenos el sufrimiento, Señora.

MAT. Quizá luzcan para vd. mejores dias: serénese vd., porque quiero vea á mi hijo.

MARG. ¿Cómo? ¿Yo ver á Emilio? ¿yo en su presencia?..... ¡No no, imposible, Señora!

MAT. Calle vd. hija mia..... ¡si vd. supiera!.....

MARG. ¡Oh! por favor! llámeme vd. loca, visionaria, cuanto vd. quiera; pero no me obligue vd. á encon-

trarme frente á frente con su hijo..... ¡me moriria de verguenza!

MAT. Ya es imposible..... él se acerca; y le aseguro á vd. que al verlo se va á compadecer de él, vd., que tan digna es que se le tenga compasion..... ya esta aquí. (*Va al encuentro de Emilio.*)

MARG. ¡Dios miol! ¡Dios miol! esto es mucho sufrir para un corazon.

ESCENA IX.

MARGARITA, MATILDE, EMILIO CONDUCIDO POR ROSALIA:
VALENTIN.

MARG. ¿Ya lo ve vd. Valentin? Por Dios que me saque vd. de esta casa, á donde jamás debí llegar.

EMIL. (*á Matilde.*) ¿Qué dices, Madre mia, ¡Margarital! ¡ella aquí!

MAT. Sí, Emilio, ella á quien el infortunio trae á nuestras puertas.

MARG. ¡Oh! esto es superior á mis fuerzas! (*se cubre la cara con las manos y se reclina sobre el confidente.*)

EMIL. Pero en donde está? ¡Margarital! ¡Margarital! (*acercándose á ella.*)

MARG. ¡Emilio! ¡Emilio! (*Sin alzar la cara.*)

EMIL. ¿Conque la desgracia es la que te trae á esta casa, en donde otro tiempo fuiste tan feliz?

MARG. Sí, Emilio.

EMIL. (*Con creciente agitacion y rapidez.*) ¿Y tus padres?

MARG. Han muerto.

EMIL. ¿Y tu fortuna?

MARG. Me despojaron de ella.

EMIL. ¿Tu posicion?

MARG. La perdí.

EMIL. ¿Tu felicidad?

MARG. Todo acabó.

EMIL. ¿Y hoy eres?.....

MARG. ¡¡Una mendigo!!

EMIL. Pero si es imposible.....

RARG. ¡¡¡Mírame!!! (*Levantándose.*)

EMIL. ¡Oh! si no puedo verte..... ¡si estoy ciego!

MARG. ¡¡Ciego!! (*Pausa corta.*)

EMIL. Madre mia, madre mia; el dolor llama á nuestras puertas: nosotros somos ricos..... ¿comprendes, madre mia?

MAT. Sí, Emilio, cálmate; comprendo el noble impulso de tu corazon.....

MARG. Señora, ya dí á vd. gusto, ya le ví..... no tengo mas hiel que apurar.... Vámonos, Valentin....

MAT. Margarita,..... ¡maldita la casa que no se abre al infortunio! ¡maldita la riqueza que no procura la felicidad al desgraciado!..... ¡Margarita, esta casa es tuya!..... ¡estos brazos son los de tu madre! (*Abrazándola.*)

EMIL. ¡Gracias, madre mia!..... Margarita, estas lágrimas son por tus desgracias; y esta mano se tiende á tí para salvarte, hermana mia! (*Tendiéndosela.*)

MARG. (*Tomándola con transporte.*) ¡Bendito seas, Dios miol! ¿quién soy yo para merecer tanta bondad?

EMIL. Eres el sufrimiento: este es tu mas sublime título.

ESCENA X.

DICHOS Y ROQUE, DESDE LA PUERTA.

ROQUE. Un caballero solicita hablar al Señor. ¿Pasa?

EMIL. Madre mia, condúceme á mi habitacion, allí recibiré esa visita. (*á Roque.*) Que pase. (*á Matilde.*) Así quedarás en libertad, para instalar á Margarita.

(*Roque sale; Matilde y Valentin pasan al cuarto*)

de Emilio, con éste. Rosalía se va, quedando sola Margarita.)

EMIL. ¡Siento en mi corazón un consuelo! (al salir á Matilde.)

MAT. Es el bien, que derrama en él su rocío.

ESCENA XI.

MARGARITA, RAYMUNDO QUE ENTRA: AL FINAL VALENTIN.

(Rápida toda la escena.)

RAY. (Al entrar.) Aquí está: no me engañé. (Acercándose á ella.) ¡Margarita!

MARG. ¿Quién? ¡Ah! ¿vd. aquí?

RAY. Sí, siguiendo sus pasos.

MARG. ¡Oh! Siempre este hombre!

RAY. ¡Siempre!

VALEN. (Saliendo á la puerta del cuarto de Emilio y dando paso á Raymundo.) Que pase vd.

RAY. ¡Gracias, caballero! (saluda y entra.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

EMILIO Y ROSALÍA; AQUEL EN LA ESCENA, ESTA QUE ENTRA.

ROSAL. ¿Ya le sirvo á vd. su café?

EMIL. No, Rosalía, no tengo aun ganas. (Momento de silencio. Rosalía se aparta, contemplándole afligida.) ¿No te has ido?

ROSAL. No, Señor, y no me iré hasta que vd. me diga en que le he desagradado, y por qué he merecido su enojo.

EMIL. Vaya, locuela, si no estoy enojado contigo, ni tu me has dado mas que motivos de gratitud, al ver el afán conque me atiendes. ¿Por que piensas lo contrario?

ROSAL. Lo pienso, porque ahora me aleja de su lado; lo pienso, porque otra persona y no yo, lee á vd. sus libros favoritos; otra persona y no yo, lleva á vd. al jardín: y esto..... indica que por algo he merecido tal castigo. (Llorando.)

EMIL. Niña, niña,..... disculpa esas ideas en tí, porque me prueban tu cariño: celocilla..... pero todo